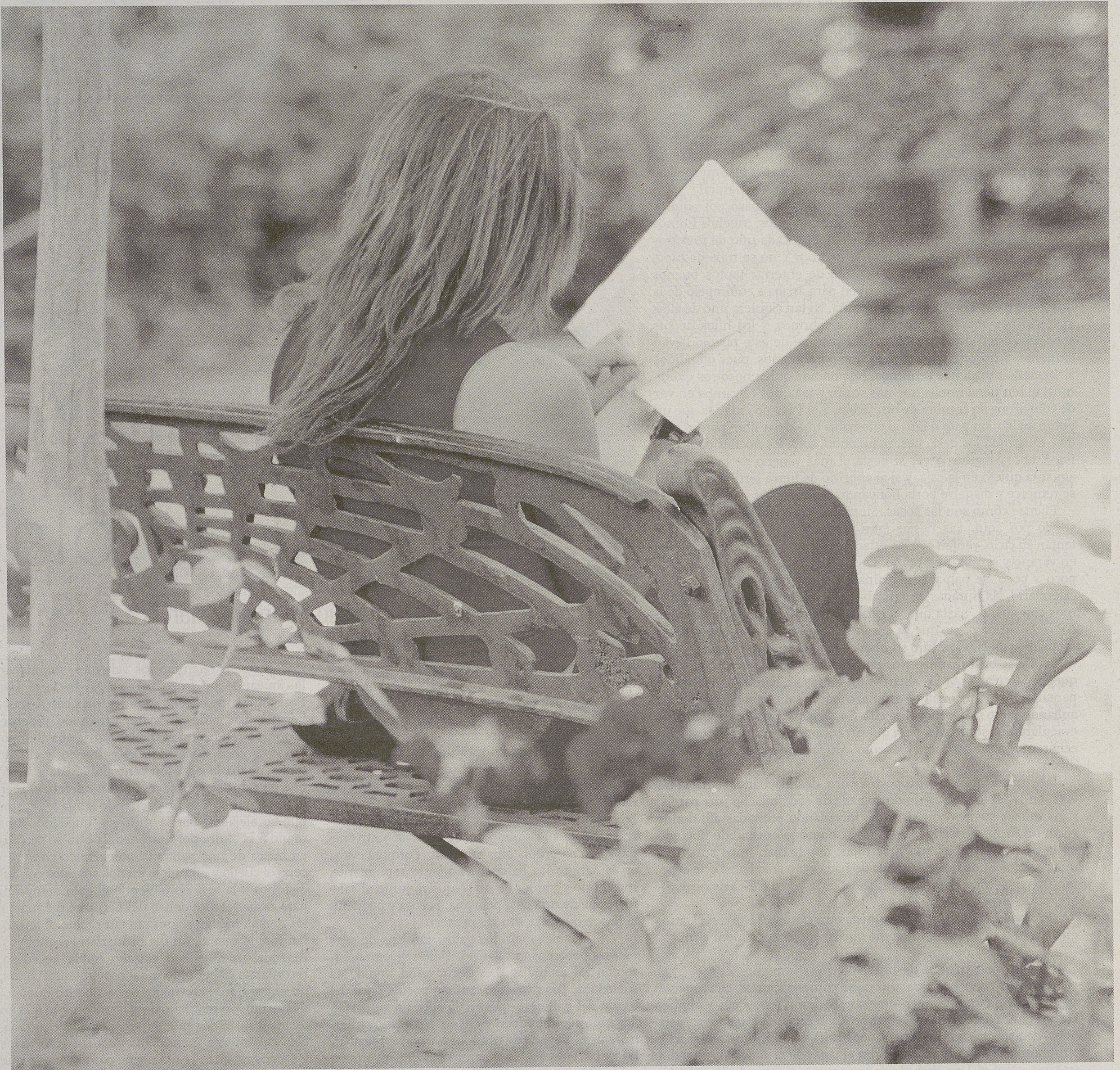


la Revista

para leer en verano

DOMINGO 5 DE SEPTIEMBRE DE 2004



LITERATURA

Relatos de verano

HOY:

- **Un castillo bajo una ola**, de Juan Amancio Rodríguez García. ►
- Sabes que no me importa**, de Pilar Adón. ►
- Los universos paralelos son para ellos**, de David Torres. ►
- No es nada**, de Carlos Castán. ►
- Segismundo**, de Luis Goytisolo.

SUPLEMENTOS INTERIORES



EL RASTRO DE ÁVILA

Información económica, empleo, formación...

Suplemento de 12 páginas

RELATOS DE VERANO

'Un castillo bajo una ola' nos adentra en la historia de un solitario, 'El Pasa'. Un personaje peculiar que se fue aislando a lo largo de su vida para al final de sus días tener como únicos amigos a los gatos con los que convivía y con los que llegaba a comunicarse. Es un relato realista que puede estar sucediendo en cualquier lugar de este país, donde, por desgracia, cada vez es más frecuente encontrarse a ancianos solitarios.

ÚLTIMAMENTE nos acordamos de muchas cosas, ahora que somos muy viejos, muy viejos. Hemos visto tantas cosas... Qué recuerdos más bonitos tenemos de nuestras vidas, y muchas veces los que aún vivimos nos arrejuntamos al sol de invierno, y hablamos de muchas cosas bonitas, como hacían los indios de no sé dónde junto al fuego. Hay viejos emocionados que fingen un arrebatado de diarrea para llegar a casa y llorar en soledad. Porque nosotros nunca hemos hecho delante de nadie las cosas que deben hacerse cada cual en su casa, y por eso aún estamos vivos. Ciertamente hubo gente honrada que murió joven. Gente que un día fue a la guerra. Lucharon y mataron, vivieron y murieron con honor, haciéndose lo que se debía, y lo que no para las cartas a la novia, y los cobardes para la muerte, a quien no hay que contar nunca ningún íntimo pensamiento. Pero así es la guerra; allí también mueren los honrados. Pero después, cuando terminó, volvimos a nuestros pueblos a vivir como Dios manda. Y los que así no hicieron, por mal camino terminaron. Ciertamente hay venenos que antes de morir se retuercen como serpientes, secan lentamente sus carnes hasta no ser más que pellejo y bilis, y así aguantan años, más años de los que fuera natural.

Ahora hemos enterrado a la mayor bilis que pasó por aquí. Y aunque años llevaba sin hablar más que con gatos, muchos fuimos a su entierro. Fíjense cómo son las cosas. A cada uno de nosotros incordió, y ahora vamos todos a despedirlo. Y no se trata de hipocresía. Es más bien lástima o rutina de enterrar tantos buenos recuerdos que al abrir la tierra suben para arriba a contrapelo de la lluvia. Pero a la familia no se la engaña. Ni tan siquiera uno de ellos apareció por aquí, si es que aún sus sobrinos, y los hijos de sus sobrinos, estén donde estén, recuerdan que de este pueblo llevan simiente. Y nosotros, pues no es que perdonemos, pues ofendidos al verme nunca nos sentimos. Nos ofende quien nosotros queremos, quien tiene ramas que nos rozan y nosotros olivamos en vez de cobijarnos en sombra de otro árbol. Y el Pasa no era más que un pobre diablo, un gato negro al que había que dejar libre por los tejados, hurgando los desagües, maullando, solo, las noches de invierno. Y ahora íbamos a ver si hasta el más veneno de los venenos aguanta quieto en la caja, y si al cubrirlo de tierra fértil y lombrices se retuerce y disuelve borbolloneando espumarajos negruzcos.

Fíjense cómo son las cosas. Su madre era de lo más bonito que se vio por aquí. Las fiestas eran por entonces como el tiempo, tenían su ciclo, venían con las estaciones, como quemar los campos en verano y sembrar en otoño. La fiesta se oía, se caía por la cima poco a poco, se palpaba, germinaba en el estómago sin mirar el calendario, las miradas se aguzaban, los vellos se erizaban, comíamos con ansia... hasta que ya estaba tan presente, nos había caído del cielo tan de pleno que ya era inevitable, y sin saber cómo todos estábamos en la plaza bajo su manto. Así era entonces la fiesta. Ella venía. No la buscábamos. Nos encontraba y nos llevaba donde ella quería. Se colaba por las albarcas, mientras arábamnos, subía por el pantalón y nos recorría el espinazo hasta salir por la mandíbula aullando. Pero no éramos. Era ella. Se abría para nosotros, para que eyaculáramos sobre ella, para que arrancáramos nuestros ojos y los echáramos al fuego. Se la presento. Ahí la tienen. La fiesta. No me digan.

Tal y como venía, se iba, poco a poco, deshiliándose hacia las eras, en la oscuridad, llevando colgada de cada hilacho una pareja, y los mozos sueltos con su aguja hilvanando puntadas allí donde veían un fósforo encender un cigarro, o uno ya encendido flotando en la oscuridad dibujando tiras rojas, donde oían unos susurros, una risa, o donde no se oía nada de nada y tan sólo había que esperar. Tras un almiar podrido, tumbados en la yerba fresca de noviembre, pudo oírse:

-Prométeme que si un día te gusta otro y quieres irte con él, aunque sea una sola vez, prométeme que me dejarás primero a mí.

Y ella contestó:

-Y tú prométeme que después volverás conmigo.

Se casaron. Y para ahorrarse complicaciones, tácitamente acordaron no cumplir sus promesas. Tuvieron (entre ella y el pueblo, auténtica defensora de la estirpe establecida en estas vegas) seis hijos, de aspectos bien dispares, cepa tinta, blanca, moscatel, agria, tempranilla... y para uvas pasas. En el lagar de la vida cada cual dio su vino, salvo el Uva Pasa, criando mollejas y regando el gaznate, inmune a todo virus, incluido el amor y el trabajo, entre nosotros y contra nosotros, hasta convertirse en el último vástago de la familia en el pueblo del que no se podía ya sacar ni una gota de jugo. Así murió, seco y arrugado. Reseco.

Sabiéndose "él", el último, mantenía cierto porte aristocrático, cierta altivez no correspondida por los demás, que no hacían sino dedicarse a sus cosas y a las de los demás. Pero nadie incluía entre sus intereses una uva pasa. Las ramificaciones, los entresijos, los retorcimientos, eso sí era interesante. Y la uva pasa era solitaria y además directa. Si tenía que matar un perro no se andaba con tonterías. Cogía un trozo de carne, lo atravesaba de clavos, y a la vista



Un castillo bajo una ola

por Juan Amancio Rodríguez García

de quien pasara, lo tiraba por encima de la tapia del corral. Cuando se oía un chillar y un toser metálico y rasgado como cangilón de vieja noria, él iba ya calle arriba con sus arrugas y su cayada espetando a los críos mirones.

Y al ver que nunca llegaba a ser el centro, que nadie hacía sino observarlo como quien ve en la tele una manada de cánibales desayunando, mientras uno se calienta los pies a la lumbrera (algunos mordieran a lo sumo un dedo churrascado de su propio pie), se revolvió y envenenaba con su propia bilis aún más. Porque llevaba en la sangre las babas y el aliento repugnante, mezquino y traidor de no sé quién, junto al salero y zape de una gata pelirroja, pecosa y pequeña (las pequeñas son las peores).

Hablaba con los gatos. Era una de esas escasas personas tocadas por el don de entenderse con los animales. Les decía venid, venid, les susurraba. Los gatos descendían poco a poco del tejado del gallinero que vertía aguas a su corral, llegando a los alrededores de un manzano siniestro, estéril, llagado de muñones. Chisporreteaban las colas entre sí, se restregaban con el tronco gris, cinco o seis. El Uva Pasa, acucillado junto a un candil tenue y tibio en el umbral de la portezuela que daba al corral, bajo un pequeño colgajo que un invierno se desplomara ante una tremenda nevada, redondeaba entre las yemas de los dedos una miga de pan untada en aceite de sardinas. Los miraba fijamente. Arrojava el cebo a un metro. Los gatos reculaban con resignación, como siguiendo estoicamente un protocolo sagrado, e inmediatamente, uno o dos, se acercaban hasta el cebo y saboreaban relamiéndose. Después los demás se arrejuntaban, y viendo con

qué gusto se relamían los valientes, maullaban lloriqueando un trozo más. Y así hacía el Uva Pasa, lanzando el cebo cada vez más cerca, hasta llegar a hacer de su mano un cálido pesebre. Entonces con la otra mano los acariciaba el lomo, y poco a poco subía hasta el pestorejo, y el gato que ocupaba la posición central disfrutaba tanto que no sabía si dormir o seguir lamiendo el aceite de la mano. Y al final, cuando lamía los restos que se alejaban por la muñeca, quedando una mano a la altura del ronroneo, la otra se cerraba en busca de una palmada, atenazando como un cepo el cuello y girándolo en dos sentidos contradictorios a la vez, no teniendo el gato tiempo ni para rasgar el aire denso del perfume del mar. Y los demás habían regresado tan rápido al tejado, tan rápido que algún día olvidarían los motivos. Recordaban que algo extraño había sucedido; recordaban haber oído unos movimientos secos, un chasquido. Pero nadie recordaba un quejido, un auxilio, un maullido desgarrado, por lo que en realidad no había que suponer nada desagradable. Finalmente (pensaban) para un gato todos los gatos resultan por la noche pardos, por lo que no echaban de menos a nadie. Cualquiera podía ser cualquiera. Y además, el olor del aceite de sardinas llegaba tan de repente en la noche, sin que uno lo pidiera, como un don, cuando uno se encontraba saltando de la teja a la rama o de la rama al columpio, pensando en algún ratón o en alguna gata o en un perro o en un cortaúñas de papel o en un cristal rasgable o en uñas de diamante, uno notaba algo en el aire, junto al tomillar y los cantuesos del monte, y el espliego, cuando el viento revocaba, traía envuelto algo eterno, algo que existía cuando no había aún ni un solo

gato sobre la tierra, ni tampoco sardinas: una confusión primigenia de colores sabores olores formas que azorosamente fueron cayendo unos al lado de otros. Un día el ayuntamiento empezó a poner luces fuera de las casas (cuando pusieron luz en las casa, la gente y el propio alcalde dijo que fuera no era necesario), para alumbrar unas horas por la noche. Primero pusieron una, en una esquina de la plaza, lanzaba hacia el suelo un foco de luz azul, muy estrecho. Estuvimos allí todos hablando sobre la novedad. Muchos decían que era tontería iluminar sólo un trozo como una sandía, y que por la noche no hacía falta luz en la calle porque nadie había en la calle y que quien salía por lo que fuera llevaba él mismo un candil de aceite. El alcalde explicó que estaba de prueba, por el aguante del tendido, y que luego instalarían farolas de más alcance. Y que en invierno anochece antes y podríamos ir mejor a las cijas. Y sobre todo que nadie tenía que pagarlo. Que venía de arriba.

Y así era. Venía de dos metros de altura, y caía azul y oblicua sobre la calle, un fino hilo adsorbiendo estrellas de verano. La plaza quedó vacía, sola, silenciosa, llena de grillos en los campos, y el cárabo, y las estrellas, y el pueblo oscuro acercándose a todo lo demás, y el filo de luz cortando la oscuridad, recto e impasible al movimiento de las constelaciones, escamas de polvo limpio girando en su tubo, hasta que se posaron adormecidas y quedó solo, su primera noche encendido, iluminando a hombres que dormían. Así era la noche de verano. Densa, olorosa; nosotros no la buscábamos. Ella venía por la cima, con sus fauces negras empastadas en oro devorándo-

deciendo a negro, otros llevando de nuevo las estrellas al firmamento. Al día siguiente apareció, junto a los cristales ya amarillos, un gato descamisado, con las vísceras reventadas y un perro lamiendo como a un recién nacido. Desde lo menos veinte años, cuando sus hermanos marcharon cada uno por su lado dejando a la madre y al Pasa un cuartucho de adobe, un corral y unas bestias hambrientas, se había dedicado a vender pieles de gato. Por entonces tenía unos veinticinco años y aún sin mote, aunque había quien decía que era peor que las uvas de perro; joven y fibroso, pudo haber sido mozo o irse a las ciudades. Uno de nosotros conocía en Barbarada a un vendedor de pelotas vascas que según decía compraba casi todas las pieles a un hombre desabrido de Tomilloso, que las llevaba perfectamente sobadas. Incluso él mismo sabía liarlas, con una canica de encino e hilo de matanza, forrándolas de piel de gato. Alguna vez nosotros mismos le compramos después pelotas entre todos para los torneos de las fiestas, él también iba al partido y hablaba algunas palabras con la gente o con las pelotas, porque se limitaba a decir, con voz ronca y bífida: cómo escupe hacia atrás, eso es por el suelo que está picado, si el zaguero tiene la mano de queso yo es que no voy a arreglar el mundo, esas no las encontráis en Barbarada.

Anduvo con este negocio lo menos cincuenta años, y aunque al final sólo cazaba uno o dos al año, conservaba todavía el temple y el pulso frío del momento clave. También los tiempos habían cambiado, y ya no había tanto desmadre de gatos. Cuando empezó, lo mismo cazando unos cincuenta al año, el pueblo tenía diez veces

“ Para el agua no anduvimos esperando cincuenta años como con la luz y al poco de instalar las farolas el alcalde lo vió en otros pueblos y lo pidió ”

lo todo, saltando sobre nosotros. Y el sol huyendo de ella, hacia otro sitio, o ella huyendo del sol, hacia acá, no se sabe. Ella venía y no se sabía dónde empezaba el pueblo y dónde el campo. Y entonces salían los gatos y otros bichos abisales a hacer de las suyas. Los gatos aman el sol de invierno y la noche de verano. En invierno es fácil verlos en el extremo de un canalón, clavados como una acrotera, chupando un rayo de sol, vigilando todo el pueblo. En verano, por las noches, se plantan también en lo alto como gárgolas, esperando un chasquido, una respiración, un maullido imperceptible, y entonces van a reunirse todos con todos, a montar sus fiestas y pequeñas reyertas. Están solos, todo está oscuro, y saben lo que hacer. Pero si inesperadamente, una noche cualquiera de verano, descubren un rayo de luz azul saliendo inexplicablemente de una pared hacia el cielo o del suelo a una pared, hay algo que los obliga a comportarse como si los miraran, una necesidad ancestral de actuar, de formar espectáculo nocturno de canto y baile. Entonces se pelean de buenas por meter la cabeza bajo el foco de la estrella, y bailan y cantan, y de las paredes se descuelgan arañas, y en la oscuridad salpican miles de pulgas invisibles, y hasta los ratones desde las cobijas ven el espectáculo. Todo hasta que se oye una pisada abastonaada doblar la esquina de la plaza, y contra la noche se perfila una silueta aún más negra, y entonces todos los gatos al unísono comprenden qué sucede y desaparecen por diversas bocacalles, por tejados, como si hubiesen visto al mismo diablo. Pero a medio camino, de pronto, se preguntan por qué corren y frenan en seco rasgando el suelo, y piensan: ese hombre simplemente nos ofrece aceite de sardinas. Y poco a poco van regresando a la plaza, donde el Uva Pasa espera acucillado amasando el cebo, hasta conseguir meter la cabeza de un gatito en el centro del chorro de luz azul. Después se levanta, con la luz en sus pies, alza la cayada y descoyunta el tinglado, con una lluvia de cristallitos, unos de azul langui-

más de gente, y cada uno tenía sus gatos, y cada gato sus líos, y de cada lío su camada, así que al final no se sabía muy bien de quién eran exactamente las crías, y los propios gatos eran celosos de su libertad y se echaban una temporada al monte, y algunos no regresaban nunca, una vez alguien vino de coger hojarasca con los ojos como platos jurando que un gato salvaje intentó destrozarle las carnes.

Para el agua no anduvimos esperando cincuenta años como con la luz, y al poco de instalar las farolas el alcalde vio en los otros pueblos lo que hacían y lo pidió. Al año empezaron las obras. Abrieron todo el pueblo, hubo un momento que parecía la guerra otra vez. Pusieron el depósito en el cerro, venía con lechuga incluido, atravesaron el pueblo de tuberías, la gente se conectaba desde sus casas. Pero no nos enganamos todavía al alcantarillado. Seguíamos yendo a dar al corral, las gallinas se comían las mierdas, y cuando llovía teníamos un caño que limpiaba para las traseras, y algunos bien pudientes que tenían ya taza y todo, por no cambiarlo recién puesto como lo tenían, seguían llevando un albañal a dar al colector de la salida del pueblo. Vaya una mujer. Había chingado con tantos que nadie fue a buscarla. Las mujeres cómo iban a ir. Y los hombres... pues tampoco. Así que pasó unos días, lo menos una semana, desaparecida. El Pasa seguía yendo con la cayada al sol en la esquina del médico, viendo a los niños jugar al frontón en el recreo. Nadie se atrevía a andar detrás de él por las calles. Él lo notaba y andaba con parsimonia. Cuando pasaban, al más cercano le echaba la cayada a la pierna, por la parte de la manquera, y el muchacho se comía la tierra. En el suelo, el chico era arrastrado hacia la araña mientras se retorció. Todos miraban desde la bocacalle en posición de galgos. El chico gritaba y algo duro le rompía el culo y le impulsaba a un mismo tiempo para salir de allí. El chico ya no gritaba, pero si el culo pudiera, lo haría por él. Los gatos desde el tejado, reían. A los chicos les pasa como a los gatos.

Juan Manuel González

Juan Amancio Rodríguez García es un joven profesor de filosofía abulense -25 años- que ha obtenido el segundo premio del certamen provincial para jóvenes del ayuntamiento de Ávila y un accésit en el IV Certamen Nacional Martín Carpena, de Málaga. También ha publicado un relato en la Revista El Cobaya. El autor en este caso obsequia a los lectores con un relato titulado 'Un castillo bajo una ola', con el que se



estrena en esta sección de relatos de Diario de Ávila. De hecho, es el primer relato de Juan Ignacio Rodríguez que se publica en La Revista. No será el último, pues se trata de una joven promesa literaria de esta ciudad.

Todos sabían lo que pasaba, pero en cierto modo les gustaba encontrarse. Muchas tardes perdidas de invierno recorrían el pueblo, bajaban a la vega, subían a las alpacas, tiraban piedras al río, a los perros, retozaban con los árboles, cazaban gamusinos, y esperaban con ansia el encuentro con el Pasa. Entonces todos alerta como liebres en la hura, hablaban bajo, caminaban de puntillas y de pronto corrían hacia la espalda que con su cayada andaba por el centro de la calle. Así fue siempre, generación tras generación, chico tras chico. Es posible saber si uno es de Tomilloso, aunque viva en China. Bájele los pantalones. Quién sabe si seguirá habiendo gente en Tomilloso. Con la que hubo. Cien doscientos íbamos a las escuelas. No. No fue siempre así. Hubo un día en que nadie recibió patada en el culo. Los chicos se quedaron apoyados en una esquina, viendo cómo la espalda del Pasa subía la calle al atardecer de invierno. El suelo estaba embarrado, los calcetines empapados, el vaho contra las luces recién encendidas. Callados con una mueca de sucio adobe blando, callados hasta que la silueta iba a doblar la esquina.

-¡La han encontrado!

La jodía vieja. Una semana se tiró boca abajo sobre la mierda del colector. Vestida de negro de luto como iba, pequeña y tísica, se camuflaba a la perfección entre los desechos, qué sé yo, de los de Pablo, de los de... de unos cuantos que echan para allá las mierdas suyas, y las bestias. Menudas mierdas. Eso no es como hoy. Abono puro. En aquella época había que andarse con mucho cuidado. Entonces uno pisaba una boñiga y tardaba días en desprenderse de la suela, por mucho que se triscara el suelo. Las bestias comían de lo lindo, fíjense que hasta se hacía la reveza, y luego en las cuádras más, y así de lindo daban por las calles. Se unía al zapato de una manera casi familiar. No se sabía muy bien qué era albarca y qué estiércol, y uno se tiraba los días huyendo de sí mismo, a contraviento. Y al final, por no dar en la locura, se aceptaba, y se vivía en medio de una nube color pastel. Hoy las boñigas son como adobes recientes, sólo hace falta una patada al viento. La gente anda por ahí pisando las boñigas sin cuidado. Van como locos.

Parecía echa de mantequilla. Al sacarla se quedaron con un brazo de la mano, y al girarla sólo tenía cráneo pelado, ojos comidos por los bichos, mandíbula inferior suelta, cabellos blanco marroncillos más enraizados en la papilla que en el hueso como rata de alcantarilla, panza hinchada.

Dios sabe qué añaba rondando por allí esa mujer. No andaba muy bien de la cabeza. Ni del olfato.

Desde entonces el Pasa estuvo a sus anchas. Bebía cuanto quería, sin oír quejas ni palos. Echaba de menos los guisos de garbanzos que a veces afanaba a la madre, cuando cocinaba. El Pasa cocía en agua con manteca un poco de pan. Las cuatro gallinas se le murieron. Las asó a la lumbre. Las cuatro hortalizas se desmayaron. Las tiró. El gato nunca pudo probarlo. El dinero de la caridad estatal lo ahogaba en las tinajas, pan y manteca. Pero aguantó lo menos veinte años más, secándose y arrugándose tanto que el día que cayó de la silla a la lumbre y de la lumbre a la tumba, no había nada que quemar. Las ropas ardieron alcoholizadas al momento, un resplandor tibio que pudo sentirse en la calle de invierno, noche estrellada de raso, heladas aplastantes. Luego se chamuscó un poco las arrugas con las ascuas, hasta quedar como una briqueta de filtrar güisqui. Vaya pieza. Ahí lo tienen.

Los pocos viejos que quedamos pasamos el tiempo hablando continuamente del asunto. Que las cosas han cambiado, que no volverá a haber tantos niños en las calles, ni mozos en el campo, ni fiestas deshilachándose hacia las eras. Hablamos apoyados en las esquinas al sol de invierno, en el tute, bajo el depósito de la lechuga. Y si de esa manera pasamos es porque guardamos en nuestro corazón la esperanza de que poco a poco, verano a verano, volveremos hacia atrás, al olor seco de la paja y al río puro en pleno calor. Pero también ha llegado el día en que empezamos a sentir vergüenza y cobardía y más vergüenza y más cobardía y aún más cobardía y más así hablando, el día en que unos de nosotros sentado al poyo de su casa ha empezado a tallar minuciosamente pequeños carros y aperos en pino y encino, y nos vamos cada tarde más pronto a nuestras casas, sentados junto a no sé qué.

**RELATOS DE
VERANO**

Pilar Adón nos coloca ante una pareja formada por Tristán y Paula. Los acompañamos a una sala de conciertos. Ella no quiere ir, pero él sí porque son sus amigos y porque quiere hablar con el dueño del local. Poco a poco vamos viendo que la relación entre ellos es tensa; discuten incesantemente por aparentes nimiedades, y es Paula la que siempre termina por claudicar, por sonreír, por aproximarse a él. ¿Quién domina esa relación?

Sabes que no me importa

por Pilar Adón

Justo delante de ellos apareció, de repente, un perro gris corriendo hacia el primer árbol. El perro dio unas vueltas en torno al tronco, olfateó, meneó la cabeza y, finalmente, se decidió a levantar la pata trasera. La mujer sonrió, pero el hombre que iba a su lado protestó algo inaudible y tiró de su mano levemente para indicar que tenían prisa.

- Me gustaría tener un perro en mi casa -dijo ella-. Lo mismo mañana me compro uno.

Él aceleró el paso. Caminaba a más velocidad que ella y sus cuerpos, unidos por los brazos que parecían cuerdas atando barcas a un puerto, empezaron a distanciarse.

- ¿Qué número era? -preguntó él con impaciencia-. Llevamos media hora andando y no llegamos.

- De todas formas, ya es tarde -dijo ella-. Espera un segundo y miro las entradas.

Paró y comenzó a rebuscar en su bolso. A él le costó detenerse y siguió caminando, más lentamente, unos pasos más.

- Es el número 48 y estamos en el 40. Ya falta poco. ¿Qué te parece lo del perro?

Volviéron a tomarse de la mano y a caminar con más viveza que antes. Los zapatos altos que ella llevaba no podían moverse con tanta agilidad como él pretendía y esto parecía enfurecerle. No contestó.

- Creo que me haría compañía, y así por las noches no estaría tan sola. Ya que tú te niegas a venirte a mi casa...

- Como compres un perro no vuelves a verme allí.

Ella sonrió, apretó su mano e intentó acelerar la marcha para ponerse a su lado:

- ¿Me estas amenazando?

- No me gustan los perros.

- Pues a mí sí.

- Pues a mí no.

Se miraron directamente a los ojos. Ella seguía sonriendo, ampliamente, sin ocultar la satisfacción que le producía la escena y soste-

niendo la mirada, decidida a no bajar los ojos. Fue él quien los desvió para ver el número por el que pasaban.

- Me fastidia llegar siempre tarde -dijo.

- Total, para un recital absurdo... No sé ni por qué venimos a estas cosas. Estaríamos mejor los dos solos, en casa, cenando, viendo la tele o tomando una copa.

- Son amigos míos -interrumpió él-. Sabes de sobra que son amigos míos y que me interesa hablar con el dueño del local. Lo sabes e insistes en decir tonterías.

- No son tonterías. Ese local es una cuadra. Y tus amigos...

- Creo que es mejor exponer en una cuadra

que no exponer en ningún sitio.

Ella no contestó. Soltó su mano, se arregló el pelo y se pasó dos dedos por las comisuras de los labios. Habían llegado a la sala de conciertos y tenían que mostrar las entradas a un portero vestido de rojo:

- No se preocupen. No hace mucho que ha empezado.

- Yo no me preocupo -dijo ella-. ¿Y tú, cariño?

Él no contestó. Siguió el camino hacia su mesa y pidió un gin-tonic. Para ella un Cointreau.

- Gracias por elegir por mí -susurró Paula con media sonrisa-. Sé que te encanta dominar.

- Quiero escuchar la música, por favor. Para eso he venido.

- Creí que venías para publicitarte y para abrirte paso en el complicadísimo mundo de las salas de arte -seguía sonriendo ella en un murmullo.

- He venido para tranquilizarme durante unos minutos sin escuchar tus continuos sonos. De verdad, Paula. A veces no sé qué pretendes conseguir con esos aires posesivos. Me



FERNANDO VICENTE

“ Sus cuerpos, unidos por los brazos que parecían cuerdas atando barcas a un puerto, empezaron a distanciarse ”

pones enfermo.

- A ti todo te pone enfermo -dijo ella levantando la voz.

- Si sigues hablando así te van a oír hasta los músicos.

- No me está oyendo nadie. A nadie le importa lo que te digo y mi tono de voz no es tan alto. Sólo son manías tuyas. Eres un maniático con aires de pintor incomprometido.

Tristán empezó a aplaudir como el resto de la sala. La pieza había concluido y sonaron las primeras toses, los primeros murmullos. Paula advirtió entonces, mientras también ella aplaudía, las miradas constantes de la pareja sentada en la mesa próxima. Los miraban a los dos, sin disimulo y casi con rabia por haber recibido, en mitad de la primera interpretación, la compañía de personas tan inmaduras como para ir a ventilar sus asuntos ante el público de un recital. Paula no retiró los ojos y observó con la misma insistencia a los que la observaban. Mantuvieron un duelo silencioso hasta que sintió la mano de él por encima de la mesa, acariciándole el brazo. Volvió la cabeza y se encontró con la más expresiva de las sonrisas: Tristán fingía, siempre en los momentos oportunos, su papel de compañero comprensivo desenvolviéndose cómodamente en los espacios construidos para él y para gente como él:

- ¿Qué te ha parecido la pieza? -preguntó.

Paula se deshizo de la caricia y volvió a mirar a la pareja de al lado que ahora sonreía como Tristán.

- Molesta.

Sonaron nuevos compases y la pareja se

- Sabes que tengo la sala comprometida hasta mediados del año que viene. Lo sabes, así que deja de soltar indirectas cada vez que se te presenta la oportunidad. -Miró los ojos de él, furiosos, entrecerrados-. Sólo digo que podrías aspirar a un espacio mejor, más preparado. La iluminación aquí no es buena. Sólo se verían manchas. No se apreciarían bien tus lienzos.

- No son lienzos. Por si no lo recuerdas, sólo hago acuarelas.

- Eres tan... perfecto -dijo Paula dejando el vaso bruscamente sobre la mesa.

Volvieron a sumirse en un silencio mortificante. Oían risas, charlas y encuentros estridentes. Todos parecían conocerse. Todos parecían tener mucho que contarse o algo de lo que reírse y, mientras a su alrededor se tramaba un complicado nudo de relaciones sociales, ellos dos permanecían sentados, sin hablar, con los ojos perdidos en el vacío de su alejamiento.

- Si te dijera que expones en El Diván el mes que viene, ¿estarías contento?

- Eso no va a suceder.

- Es la mejor salida que podrías encontrar -dijo ella mirándose las uñas.

- No va a suceder. No vuelvas a engañarme, Paula. Tienes la sala ocupada desde que nos conocemos y no podrás disponer de ella hasta el año que viene. Tú misma lo has dicho. Tu sala siempre estará ocupada por otros. Buenos o malos, mediocres o genios, que no venden un solo cuadro o que aparecen semana tras semana en la sección de cultura de todos los periódicos. Da lo mismo. Lo único cierto es que llevas prometiéndome desde que nos conocemos una

“ Y Tristán había seguido esperando, junto a ella, a que cualquier día, sin aviso, llegara su oportunidad ”

centró otra vez en el escenario. Sus cabezas volvieron a dirigirse al frente y Tristán, fijo en sus perfiles, aprovechó el sonido para decir:

- ¿Ves como sí te oyen? Cuando te digo que la gente se entera de lo que hablas, es porque se entera.

- Olvídame Tristán.

No volvieron a hablar hasta el primer descanso, cuando iluminaron plenamente la sala y tomaron verdadera conciencia del lugar en el que estaban sentados y de lo separadas que habían mantenido las sillas. Los demás amanecieron a la luz con los ojos adormecidos, las manos entrelazadas y las cabezas femeninas apoyadas en los hombros masculinos, aplaudiendo con sonrisas afectuosas en los labios, mientras cruzaban miradas aprobatorias y comentaban las incuestionables aptitudes de los músicos. Ellos, en cambio, se vieron sorprendidos por un resplandor excesivo que les mostró de repente los gestos desnudos de un malestar que habían mantenido oculto entre las sombras de la sala y las notas desacompañadas de un recital que, en eso coincidieron, les estaba resultando bastante aburrido. Disimularon la evidente falta de conversación sujetando los vasos en la mano y dando pequeños y frecuentes sorbos a una bebida que se les estaba terminando.

Paula comenzó a fijarse en el techo del local.

- ¿Y tú quieres exponer aquí? Está que se cae.

- Te repito que prefiero exponer aquí a no exponer en ningún lugar.

exposición que nunca llega, y lo único cierto es que yo ya no me lo creo. No intentes engañarme otra vez, porque ya no me creo nada.

Paula sonrió con un deje irónico. Desde que él empezó a hablar había estado acariciándole el pelo y asintiendo ante cada una de sus frases, como si todo lo que estuviera diciendo fuera tan obvio que ni siquiera mereciera la pena seguir esforzándose en contarlo. Y después, cuando Tristán terminó e intentó beber lo que quedaba en el vaso, únicamente hielo derretido, ella se lo impidió y, muy lentamente, le besó en los labios sin que él reaccionara. Paula sabía que Tristán no se movería. No haría el menor gesto de aproximación ahora que se había desahogado y que se creía en posesión de la verdad absoluta. Tendría que ser ella quien empezara a acariciarle las manos, quien le susurrara al oído frases suaves entre besos cortos, quien sonriera con miradas soñadoras para repetirle promesas de lugares maravillosos y decenas de exposiciones en Nueva York, París, Tokio... Sabía que él tenía razón. Que la sala siempre estaba ocupada por otros. Que le había prometido cien veces que la próxima exposición sería la suya y cien veces había sido la exposición de otro pintor, quizá peor, quizá menos acertado, quizá menos interesante. Y Tristán había seguido esperando, junto a ella, a que cualquier día, sin previo aviso, de repente, llegara su oportunidad. Sin quejarse en exceso, sin montar demasiadas escenas, simplemente dejándose llevar hacia el desánimo y la desidia. A veces hacía una cierta

Pilar Adón



Nació en Madrid en 1971 y estudió Derecho. Se inicia en el mundo literario ganando diversos certámenes, entre los que destacan el Premio de Novela Breve Ategua (Córdoba, 1997) y el Premio de Ensayo Regenta (Salamanca, 1998). En 1998 publica el poemario *Poems Nipples*, en 1999 la novela *El Hombre de Espaldas* - que fue Primer Premio Ópera Prima de Nuevos Narradores- y en el año 2001 el opúsculo *Alimento*, en la colección AEDO de poesía. Sus textos de narrativa y poesía han aparecido en diversas revistas literarias: *Los Cuadernos del Matemático* (Madrid); *Álamo* (Salamanca); *La Bolsa de Pipas* (Mallorca); *El Pájaro de Papel* (Madrid); *Pintalo de Verde* (Mérida). Ha sido incluida en diversos volúmenes de poesía y relato, entre los que cabe mencionar títulos como *Aldea Poética*, *Lo del Amor es un cuento o Lavapiés*, y en la antología perteneciente a la colección Biblioteca de Escritoras de la Editorial Castalia *Ni Ariadnas ni Penélopes* (Quince escritoras españolas para el siglo XXI). En mayo de 2001 participó en los IV Encuentros Hispano-Peruanos de Jóvenes Narradores.

desesperación. Junto a ella. Con el humor cada vez más agrio, con los ojos cada vez más apagados. Cada día pintando menos.

Paula sabía que él tenía razón. Tristán había empezado a llamarla poco después de conocerse con la frecuencia de un escolar enamorado para invitarla a cenar, a comer, a ver la última película de estreno, a pasear después de las diez de la noche, y Paula sabía que lo hacía única y simplemente porque era la propietaria de la sala de exposiciones El Diván. Así que era ella quien ahora le acariciaba los ojos, quien le revolvió el pelo con los dedos, quien llevaba su mano hasta sus labios y quien se disculpaba por todas las discusiones fueran o no culpa suya. Porque sabía que él no expondría en la sala aunque ella se lo prometiera cien veces y aunque su sala estuviera vacía. Tristán no expondría nunca en El Diván ni en ningún otro sitio.

Se levantó susurrándole un "ahora vengo" al oído y dejándole un beso en la parte superior del cuello mientras él levantaba el brazo para llamar al camarero y pedir otro gin-tonic. Paula se abrió paso entre los grupos con vasos en la mano hacia el servicio, donde permaneció encerrada hasta que las luces volvieron a apagarse y empezó a escuchar las primeras notas de flauta de la segunda parte del recital. Sólo entonces salió para sentarse de nuevo junto a Tristán en la oscuridad del local. Esta vez más cerca de él, acariciándole la mano y siempre sonriendo.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Comisuras: Punto de unión de ciertas partes similares del cuerpo, como los labios y los párpados.

Mortificar: Afligir, desazonar o causar pesadumbre o molestia.

Estridente: Dicho de un sonido: agudo, desapacible y chirriante. También, que produce ruido y estruendo

Deje: Modo particular de hablar// Acento particular

Desidia: Negligencia, inercia.

Publicitarte: El verbo no existe. Darse a conocer.

Inaudible: Que no se puede oír.

Aprobatorio: Que aprueba o implica aprobación.



Érase una vez, en verano...

«EL ARBUSTO MÁS ESPINOSO OFRECE A MENUDO SUAVES ROSAS»
PUBLIO OVIDIO NASÓN

RELATOS DE
VERANO

¿Existen los universos paralelos? Morcillo está convencido de ello. Es un fan absoluto de la ciencia-ficción, de las revistas paranormales y de la serie 'Star Trek'. La cuestión es que, cuando nuestro hombre llega a su dormitorio, se da cuenta de que es un dormitorio paralelo porque hay sutiles diferencias entre los dos y, sobre todo, porque su mujer no es su mujer. Algunos se pasaron de listos.

Los universos paralelos
son para ellos

por David Torres

Ustedes se preguntarán por qué estoy escribiendo esto con una sola mano, pero si yo les contara que una vez vi uno de los pechos de la mujer de Morcillo y lo buena que estaba la tía, no me iban a creer la explicación, de la misma manera que yo no me creí ni media palabra cuando aquella mañana Morcillo vino a mi mesa a contarme que en su casa, en su mismo dormitorio, había un universo paralelo.

-Morcillo, no me jodas.

-Que sí, hombre, que sí -dijo, pasándome el balance del mes-. Luego te explico.

Como Morcillo es un alma cándida donde las haya, yo esperaba que se le hubiera pasado a la hora de tomar café, pero qué va, el tío estaba disparado y en seguida me abrumó con una teoría sobre la quinta dimensión y los túneles de contacto.

-Morcillo, no me jodas -repetí.

-No, espera, si es muy sencillo. Te lo voy a explicar.

Morcillo cogió las dos tazas de café vacías y las colocó una junto a otra.

-Esta taza es mi dormitorio, ¿vale? Y ésta otra es mi dormitorio pero en otro universo. Hasta ahí estamos, ¿no? Como verás, las dos tazas son prácticamente idénticas, pero hay unas pequeñas diferencias. Bien, pues a veces esos universos se tocan -dijo Morcillo pegando una taza a la otra- y por un azar que no alcanzo a comprender, algunas tardes mi dormitorio no es mi dormitorio de siempre. Es mi dormitorio en un mundo paralelo.

-¿Y cómo te has dado cuenta?

-Por las diferencias, entiendes -el rostro de Morcillo se iluminó-. El cenicero, la mesilla, la lámpara, el tocador... todo es igual que en mi dormitorio, excepto algunas sutiles diferencias.

-¿Cuáles?

-Un sombrero colgado en una silla. Unas prendas de ropa diseminadas por el suelo. Un tipo que se está follando a mi mujer.

Morcillo se apresuró a explicarme.

-No, yo pensé lo mismo que tú. Pero la verdad era mucho más sorprendente. Aquella tía no era mi mujer. De acuerdo era clavadita a Cristina, tenía su mismo cuerpo y su misma cara pero desde luego no era ella. O mejor dicho, era mi mujer en un mundo paralelo. En ese universo ella no está casada conmigo, qué va. De hecho,

en ese universo ella no se llama Cristina sino Claudia Gonsálvez.

Sí, ya sé que ustedes están pensando que Morcillo es tonto del culo, pero primero debo explicarles que Morcillo mide metro ochenta y cinco de altura por metro ochenta y cinco de diámetro y que, por lo tanto, su complejión es bastante aproximada a la de un chalet de dos plantas. Con todo, aunque es más fácil medirlo en metros cuadrados, la verdad es que Morcillo es bastante crédulo, hasta el punto de que, a veces, le da conversación a la máquina de tabaco que hay en la oficina, no porque crea que vaya a responderle algo más que "su tabaco, gracias", con voz de R2 venido a menos, sino porque

Morcillo, fan absoluto de la ciencia-ficción, se lee además todos los suplementos de *Muy Interesante*, y en uno de ellos leyó que la inteligencia artificial se desarrolla por caminos paralelos a los de la razón humana. Morcillo piensa (es un decir) que algún día, el cerebro electrónico de la máquina de tabaco, si se le instiga lo suficiente, dará el salto por sí solo hacia un nivel más avanzado de evolución. No vale que le expliquen que la máquina de tabaco no tiene cerebro electrónico, sino una especie de cinta parlante accionada por una moneda de veinte duros, vamos, algo parecido al cerebro de Morcillo, que debe de ser algo así como una cinta de lomo enrollada sobre sí misma que se acciona sólo cuando hojea un *Muy interesante* o cuando mete una película de marcianos en el vídeo. Lo mismo ni se inmuta cuando la máquina del tabaco evolucione y le mande al bar de la esquina a comprar Ducados. Por esa razón se tragó lo del universo paralelo cuando su mujer, con un tío desnudo entre las piernas y viendo el chalet de dos plantas de su marido plantado en la puerta del cuarto, recordó de golpe sus gustos por las



FERNANDO VICENTE

“ Aquella tía no era mi mujer. De acuerdo, era clavadita a Cristina, tenía su mismo cuerpo y su misma cara pero no era ella ”

revistas paranormales y la serie del Star Trek, y tramó a toda máquina una excusa lo suficientemente cienciaficticia como para que Morcillo se la tragara.

-Menos mal que me encontré a mi mujer, Paco -dijo Morcillo-. ¿Te das cuenta el susto que me hubiera llevado si me llego a encontrar conmigo mismo?

-Imagínate -le respondí yo, pasándole la cuenta de los cafés.

La cosa no habría ido más allá de un susto y una anécdota graciosa, si no hubiera sido porque la mujer de Morcillo -que tiene mala leche la tía- decidió explotar el filón del universo paralelo. La semana siguiente, Morcillo me llevó aparte en el café y me dijo que se había vuelto a encontrar a su mujer, quiero decir a Claudia Gonsálvez, follando como una loca. La novedad es que esta vez lo hacía estilo perro y con dos tíos que, además, para colmo, llevaban una toga romana.

-Morcillo, no me jodas.

-Que sí, Paco. No tuve más remedio que contárselo a mi mujer y la tía abrió los ojos como platos. Me costó convencerla, no creas. Pero luego se le ocurrió que a lo mejor esa tal Claudia era actriz y que el universo paralelo de nuestro dormitorio daba a un estudio de Hollywood.

-¿Un estudio de Hollywood? -pregunté yo y se lo volví a preguntar a su mujer cuando la llamé por teléfono a mediodía. ¿Un estudio de Hollywood?

-¡Ahí va! ¿Y a ti qué mas te da? -dijo con la voz más calentorra que uno pudiera imaginar (y yo tengo bastante más imaginación que Morcillo).

-Hombre, darme me da lo mismo. Total, yo no te conozco de nada. Pero piensa que el imbécil de tu marido se lo va contando por ahí a todo el mundo y que alguno descubrirá el pastel, sólo por fastidiar.

-¿No serás tú, verdad, guapo?

-Ni ganas -le aseguré-. Pero creo que se te ha ido la mano en lo de Hollywood. Mujer, ¿cómo se te ocurre ponerte a follar estilo imperio romano delante de tu marido?

-Ay, hijo, fantasías que tiene una. Además, me excita que me miren mientras lo hago. Debo de ser exhibicionista. Lo malo es que tenga que ser el tonto del culo de mi marido. ¿No querías venir tú y echarme un vistazo?

-Pero, Cristina -dijo yo, intentando sacarme de la oreja su ronroneo de gato-. Es muy peligroso. Un día de estos tu marido caerá en la cuenta de que los universos paralelos de vuestro dormitorio son sólo para lelos.

-Ése qué va a caer. Con pasarse el día viendo películas de marcianos y leyendo revistas paranormales, tiene bastante. El muy bobo se queda dormido delante del televisor y yo en la cama, solita, esperando. ¿Tú crees que una mujer como yo puede estar a dieta de hombre?

Por la foto que Morcillo llevaba en la cartera y que iba enseñando por ahí a todo el mundo, yo creía que si todas las mujeres fuesen como Cristina, el hombre no habría inventado la televisión ni el cine ni los libros y, con un poco de suerte, todavía estaríamos en la prehistoria, revolcándonos en alguna cueva.

-Mujer, qué quieres que te diga...

-Me tiene abandonada, el muy cretino. Nada, nada: mañana le monto un numerito de vaqueiros.

-Cristina, recapacita -repetí yo, sin mucha convicción-. ¿Tú te has creído que tu marido es subnormal?

-Paco, no me jodas.

Ustedes, a estas alturas, se preguntarán por qué sigo escribiendo con una sola mano, y eso que no he llegado todavía a la descripción de la

mujer de Morcillo. Seguro que no se lo iban a creer, de la misma manera que yo no me lo podía creer cuando Morcillo me invitó a cenar a su casa y nos abrió la puerta aquel monumento con dos piernas, que más que un monumento parecía un sueño erótico del tío que esculpió la Venus de Milo.

-Cristina, éste es Paco. Un amigo del trabajo.

-Encantado -dije yo, recogiendo un hilo de baba.

Cristina sonrió y me guiñó un ojo. Luego, durante la cena, mientras el imbécil de su marido me hablaba de no sé qué, ella se descalzó y me pasó los dedos de los pies por la bragueta. Morcillo no se enteraba de nada, el pobre, ni siquiera se fijó en que mi cuchara llevaba cinco minutos inmovilizada a un palmo de mi boca, temblando visiblemente, y que yo sudaba intentando contener la aleación metálica en que se había transformando mi entrepierna. Luego, Cristina recogió los platos y se alzó lentamente, aunque no fue un movimiento que pudiera expresarse con ese verbo: más bien se inauguró a sí misma, el vestido negro ajustadísimo que llevaba se ciñó más aún a sus pechos, conmemorando el soberbio espectáculo de una estatua que se desprendiera de sus velos para presidir una plaza. Cuando se marchó a la cocina a por el postre, yo me levanté de la mesa y me despedí de Morcillo con cualquier pretexto. Que me había olvidado unas croquetas en el fuego, por ejemplo. No podía aguantar más la visión de esa mujer y las croquetas que se freían en mi cabeza bajaban ya por la cuarta vértebra. Cuando salí al jardín, respiré hondo y caminé a grandes zancadas mientras la noche entera se balanceaba con el vaivén de Cristina en su vestido de raso negro.

-Anoche fuiste un niño malo - me dijo al día siguiente. Yo sabía que era ella antes de levantar el auricular: hasta el timbre del teléfono sonaba con el ronroneo juguetón de su voz.

-Cristina, no me jodas.

-No te jodo, hombre. Pero te aviso que esta tarde voy a montar otro numerito. Estás invitado.

-Mira, Cristina, estás muy buena. Más buena no puedes estar, para qué vamos a engañarnos. Pero Morcillo, tonto como es, parece buena persona. A mí me da lástima.

-Y a mí pena -dijo ella al otro lado del mundo.

-No creo que vaya esta tarde, Cristina.

-Entonces no te molestes en volver.

Y colgó. El sonido del teléfono en la horquilla fue como un ultimátum. Lo dudé durante una décima de segundo, luego le dije al jefe que me tomaba la tarde libre y salí disparado a casa de Morcillo. Cristina tardó unos diez minutos, pero al final me abrió vestida con una bata de seda rosa tan ajustada que dejaba asomar uno de sus pechos. Morcillo tenía razón: en su casa había universos paralelos. Cuando vi el pecho de Cristina, cincelado en mármol vivo y con un pezón enorme y perfecto, no podía creer que en todo el mundo existiera nada igual, hasta que la muy zorra se agachó para subirse una media, y otro pecho, gemelo del anterior, hizo su aparición al lado de su hermano.

-Disculpa -dijo con una sonrisa capaz de abolir un eclipse-. Tengo invitados que atender. Tómate una copa de lo que quieras, anda.

Mientras ella se remetía los pechos y se dirigía hacia el dormitorio, me arrastré hasta el mueble bar y, con las manos temblándome, me serví un doble de bourbon. Derramé media botella en la alfombra antes de caer en la cuenta de quiénes podían ser los invitados. Había que ser imbécil, joder. Abrí la puerta del universo paralelo, de un golpe, y descubrí a Rodríguez y a García, dos tíos del departamen-

David Torres



Es Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad Autónoma de Madrid. Ha publicado diversos relatos y poemas en las revistas Cartographica, Poeta de Cabra y Ariadna. Con su primera novela *Nanga Parbat*, obtuvo el Premio Desnivel 1999 de Literatura de Montaña, Viajes y Aventura y fue aclamada unánimemente por la crítica, así como *Los Huesos De Mallory* (escrita en colaboración con Rafael Conde); los libros de relatos *Donde no irán los navegantes*, Premio Sial 1999, y *Cuidado con el perro*. Es colaborador habitual de las revistas literarias Ariadna, Anónima y La Bolsa de Pipas y de otros medios escritos. Actualmente es guionista de televisión para el programa *Al Filo de lo Imposible*. Finalista del Premio Nadal 2003 con *El gran silencio*.

to de ventas, aferrados a un pecho cada uno.

-Qué hay, Paco -dijo Rodríguez, sacándose un instante el pezón de la boca.

No sé si ya he dicho que Cristina más buena no podía estar. Ahí la tenía, con dos tíos en pelota, taladrándola en diversos orificios y seguía pareciendo tan apetecible y tan pura como una doncella de quince años. Era infinitamente fornicable, una piscina de carne dorada, de modo que saludé a Rodríguez con la cabeza, me quité la chaqueta y los zapatos y me arrojé a la cama. Unos minutos después, oí muy cerca, como si estuviera dentro de la habitación, el ruido de una moto al arrancar, pero lo atribuí a un efecto secundario del orgasmo.

El resto no merece mucho comentario. Probablemente ustedes todavía no han adivinado por qué sigo escribiendo esto con una sola mano, y es que ustedes no saben -igual que no lo sabía yo- que Morcillo iba a aparecerse en el umbral del dormitorio con una sierra de podar árboles en una mano. No comprendo cómo se le hizo la luz; a lo mejor se lo contó la máquina del tabaco o a lo mejor fue su cerebro el que evolucionó a un estadio superior de conciencia, instigado por las constantes provocaciones de su mujer. El caso es que de pronto, comprendí, mientras me aferraba a las nalgas más blancas y redondas que haya visto en mi vida, que esta vez no estábamos montando un numerito de romanos ni de vaqueros ni siquiera uno de ciencia-ficción, sino una secuela bastante verosímil de la matanza de Texas. Pero no vean lo que le costó a Morcillo explicar a su abogado que su mujer, mi mano izquierda y un par de amigos de la oficina habían ingresado definitivamente en un universo paralelo.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Venus de Milo: La Afrodita de Melos, conocida en el mundo como Venus de Milo, es una obra original griega esculpida entre el 160 y el 150 a.C. La escultura, sin brazos, está en el Museo del Louvre de París.

Star Trek: Serie televisiva en la que la nave USS Enterprise, perteneciente a la Federación Unida de Planetas, parte en una misión que durante cinco años debe servir para explorar nuevos mundos y encontrar nuevas razas allá donde nunca habría estado el hombre. La nave la dirige el capitán James T Kirk y su primer oficial, el señor Spock.

Bourbon: Variedad de whisky que se obtiene de una mezcla de maíz, malta y centeno, originaria del sur de Estados Unidos.



Érase una vez, en verano...

«LA CASTIDAD, QUE ES VIRTUD PARA ALGUNOS, ES UN VICIO PARA OTROS»
PROVERBIO INGLÉS

RELATOS DE
VERANO

Un grupo de niños van a menudo a jugar a la calle General Varela de Madrid. Está situada en la zona norte de la ciudad y para ellos era como estar en París. Allí conocen a una serie de personajes, con unos traban una relación, con otros no, pero en cualquier caso los muchachos dejan actuar a su imaginación y fabulan historias extraordinarias. Pasa el tiempo y sucede lo esperado: se impone la realidad, y en este caso, ¡qué realidad!

No es
nada

por Carlos Castán

Para nosotros la calle General Varela era París, sobre todo los días grises. Habíamos empezado diciéndolo de niños, no se a quién se le ocurriría pensarlo por primera vez, y años más tarde, después de tantos paseos y tantas horas muertas bajo sus farolas, seguíamos viéndola igual, con esas dos grandes hileras de árboles, una en cada acera, que hacían de ella un auténtico oasis las tardes de verano. Y el escaparate de la librería Aliana, los bares adormecidos, las tiendas de antigüedades cuyas lámparas encendidas tras los cristales mitigaban aquella penumbra perpetua de ramas y pájaros, de ancianos con bastón camino del estanco. Un París a nuestra medida de entonces, a pocas manzanas de casa pero con todo el hechizo de los lugares remotos.

Allí, en ese universo lineal, conocí a alguno de los personajes que más huella me han dejado. Más que por lo que eran, por lo que nunca llegaron a ser. Me legaron la marca del vacío, esa impronta imborrable que deposita la ausencia en la mirada. 111

Por un lado estaba doña Margot, una señora entrada en años que vivía en un semisótano de esa calle. Para nosotros, de niños, era una condesa despistada que había equivocado su lugar, un ser tan perdido, tan de otro mundo que nos daba lástima verla compartir como una más esos días tristes de nuestro barrio. Hubiera desentornado menos en el de Salamanca, por ejemplo. un domingo por la mañana, saliendo de la pastelería con un paquetito rosa. Era un personaje descolocado, como tantos otros de brújula rota, de mapa perdido. Se vestía como una dama de novela vieja y salía a la compra con los labios pintados dejando a su paso un rastro de olor a palacio, a pasado. a poemas ingleses leídos bajo los árboles. Solía ventilar la casa durante horas, y por las ventanas enrejadas, abiertas de par en par, podía contemplarse desde afuera una especie de museo, una confusión perfumada de terciopelos



FERNANDO VICENTE

rojos en la oscuridad, cortinajes sujetos por grandes lazos, espejos con marcos dorados, retratos de todos los tamaños, arañas de cristal, vitrinas repletas de platos de porcelana y muebles ventruados de madera oscura. Muchas veces se asomaba a la calle, y su cabeza quedaba a la altura de nuestros zapatos. Miraba hacia otro lado el día en que uno de nosotros le hizo una pequeña brecha en la sien con una lata a la que acababa de propinar un furioso puntapié, ese desahogo que habíamos aprendido en el cine de los vencidos de leyenda. En lugar de ponerse a berrear insultos y amenazas como habría hecho cualquier otra vecina, se limitó a mirar con una

cara de incredulidad y espanto que nos desarmó. Había sido sin querer y así se lo hicimos saber. Recuerdo que mi hermano quiso calmarla pasándole suavemente la mano por el pelo al tiempo que le decía: "no es nada, señora. no es nada". Ella se llevaba todo el tiempo el pañuelo a la frente, miraba la mancha de sangre con los ojos llenos de lágrimas. Nosotros, a no ser que anduviésemos solos, éramos tipos más o menos duros, nada propensos a las mariconadas, pero si no nos hubiese perdonado ahí mismo nos hubiera hecho trizas el corazón. Eso fue hace muchos años, era la época en que todavía jugábamos a la Vuelta a España con chapas de botellas. Desde entonces, cuando nos veía pasar nos llamaba por nuestros nombres, nos pedía por Dios que le hiciésemos pequeños recados, un par de plátanos, hijos míos, un litro de leche, unas bolsitas de té en los ultramarinos.

Recuerdo la primera vez que nos invitó a pasar a su casa. Sentaos allí que merendaréis un poco. Las galletas estaban un poco rancias, pero la caja que las contenía era preciosa; originaria-

“ Un París a nuestra medida de entonces, a pocas manzanas de casa pero con todo el hechizo de los lugares remotos ”

“ A veces un barrio se queda de pronto vacío, mucho antes de que los amigos comiencen a dispersarse en matrimonios incomprensibles ”

mente había servido de estuche a unas pastillas de café con leche, maestros confiteros desde mil ochocientos, y en su tapa había un dibujo que representaba a un transatlántico a punto de zarpar: una multitud de caballeros y damas con sombrero agitaba sus pañuelos tanto desde el muelle como desde la cubierta del barco. Cientos de despedidas y una sola partida. Luego, cuando fuimos creciendo y nos llegó la época de los sábados locos y nuestros primeros ridículos de amor, íbamos a visitarla algunas ocasiones en que no teníamos dinero para emborracharnos por nuestros propios medios. Vamos a vacilar a la vieja, decíamos, para justificarnos los unos ante los otros, pero era la ternura la que nos arrastraba a buscar tantas tardes su compañía, la ternura y el papel de las paredes, los libros de grabados, ese aroma a noche lejana que llegaba flotando desde las alcobas. Siempre nos preguntaba por el colegio, nos hacía sentar en torno a una mesita baja de mármol, y tras quitar el polvo con un paño a unas cuantas copas que guardaba en el mueble bar, anunciaba animosa: "tenéis jerez dulce o seco, y al que no le guste pues anísete como yo". Siempre decía lo mismo, día tras día; quería saber las últimas palabras que habíamos aprendido a decir en inglés, el estado de salud de nuestras señoras madres, sólo cosas así, y si en el futuro alguno de nosotros se dedicaría a estudiar en serio las lenguas extranjeras. A veces, sin venir a cuento, se le escapaba alguna lágrima tonta. A veces nos besaba en la frente.

Por otro lado, y siempre en el centro de una nube de silencio, había un hombre, guapo y huraño, de quien apenas podíamos decir dos palabras a ciencia cierta. Solíamos verlo en El Maño, una bodega de esa misma calle General Varela. Andaba siempre solo, sin afeitarse, hacía girar su vaso apoyado en la barra; encendía cigarrillos sin filtro mirando despacio todo lo que había a su alrededor; barriles, calendarios, etiquetas de botellas, cada día lo mismo, como si no se lo supiese todo de memoria. Empezamos a llamarlo entre nosotros El Ruso porque tenía cara de refugiado, de haber llegado huyendo de algún confín remoto, con visados falsos y podrido de recuerdos. Su gabardina tenía enganchones y puntos corridos que remitían a alambradas en la nieve, a fronteras de bruma entre países imposibles, perdidos en el frío de las estepas del Este. Cuántas de esas tardes de nada que hacer llegamos a evocar sumergido en un pantano para hacer perder su rastro a los perros adiestrados. o encogido entre la maleza, inmóvil como una piedra, mientras soldados con abrigos largos y gorros de piel hacían girar un foco en su búsqueda desde lo alto de una desvencijada torreta de madera. En decenas de películas creíamos haber visto las estaciones de ferrocarril donde él logró burlar las vigilancias, los escondrijos donde guardaba enterradas joyas y pistolas. Lo imaginábamos subiendo y bajando de trenes en marcha, vadeando ríos, haciéndose pasar por alemán, dejando embarazadas a las granjeras polacas en cuyos palomares pasaba

escondido las noches de tormenta.

Desde su llegada al barrio había un aliciente más para recorrer esas cuatro calles en las que crecimos, doblar una esquina y encontrarlo, poderlo seguir durante unas cuantas manzanas hasta verlo alejarse en un autobús o bajar a deshora las escaleras de una whiskería. Ninguno de nosotros se atrevió nunca a dirigirle la palabra, pero de alguna manera él representaba la posibilidad de una vida distinta y auténtica, él era los mares y la niebla, era a un tiempo Dresde y el puerto de Marsella, Europa entera bajo la lluvia, era un pasaporte manoseado y un revólver a punto en el cajón de la mesilla. Todo lo que nosotros podríamos llegar a ser con un par de huevos y un poco de suerte a pesar de que todo, absolutamente todo a nuestro alrededor. nos lo estuviera negando a cada instante: aquellos otoños de academias mal iluminadas, los boletines de notas, el aburrimiento. la cena en casa a las diez en punto. El Ruso únicamente necesitaba pasar de largo con las manos en los bolsillos para remover todo eso y hacer estallar en nuestra cabeza los sueños más locos y veloces. No necesitábamos hablar con él, su sombra era bastante.

“ Empezamos a llamarlo entre nosotros el Ruso porque tenía cara de refugiado, de haber llegado de algún confín remoto. ”

A veces un barrio se queda de pronto vacío, mucho antes de que los amigos comiencen a dispersarse en matrimonios incomprensibles, en provincias de risa, en trabajos sin sentido perdidos por el mundo. A veces pasa eso y todo un tiempo de golpe se desmorona como una torre, cambia la luz de las tardes, y sobre las cosas se va dejando caer despacio una borrosa nube de cansancio.

Las noticias así corren como la pólvora, con toda su confusión, con toda su bilis de boca en boca. Desde La Toledana a General Varela fuimos a todo correr, cada uno con la enclenque esperanza de ser el primero en comprobar con sus propios ojos la falsedad de un rumor tan sangriento. Pero cuando llegamos allí, jadeantes, tuvimos que hacernos a la idea de que ahora realidad era eso que estaba ante nuestros ojos y apenas podíamos creer: un precinto policial clausuraba la puerta de la señora. También entre las rejas de las ventanas se enredaba ese plástico rojo que nos indicaba que no la veríamos más. Y todos los corros en la calle, todos los parroquianos que a esa hora tomaban en El Maño su vasito matutino de vermú Reus a granel, decían lo mismo, echaban la culpa al Ruso con la boca llena de aceitunas. La discusión era a ver quién había oído más ruidos esa noche, quién había visto más desde la ventana, quien va sabía, quién

Carlos Castán

Nacido en Huesca en 1960, es autor de los siguientes libros de cuentos: *Frío de vivir* (Zócalo, Zaragoza, 1997; Emecé Editores, Barcelona, 1998) y *Museo de la soledad* (Espasa Calpe, Madrid, 2000; Círculo de Lectores, Barcelona, 2001). Pueden ser de interés los siguientes escritos: *Fuera y dentro del bosque*, en *El extramundi* y *los Papeles de Iría Flavia*, Padrón, La Coruña, año IV, núm. XVI (invierno de 1998), pp. 4350; *Frío que se vuelve de papel*, en *La expedición*, Zaragoza, núm. 9 (noviembre de 1999), pp. 1112; y el prólogo *Lejos del País de Babelia*, en 2º Concurso Literario de Narrativa Voces del Chamamé (Oviedo, Voces del Chamamé, 1996).

Relatos como éste se pueden encontrar en la Antología *Pequeñas Resistencias*, Ed. Páginas de Espuma.

ya venía diciendo que un día pasaría algo de esto.

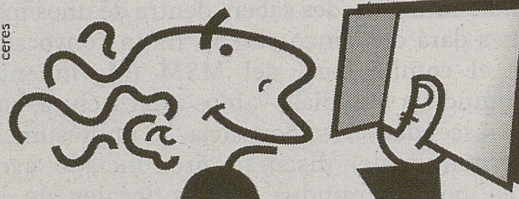
Nuestro misterioso espía, el hombre llegado del frío cuya sola silueta entre los árboles nos hablaba a diario de la posibilidad de vivir, no pasaba de ser un esquizofrénico de mente insondable que deambuló por hospitales hasta llegar aquí, tirando a base de drogas y subsidios. Su gabardina no conoció las lluvias de Chicago, sino los almacenes de ropa usada de las Hermanitas de los Pobres; no había documentos falsificados bajo su colchón, en todo caso una triste petaca de ginebra. Y General Varela desde ese día no fue nunca más París, sólo una triste calle con nombre de fascista.

Algunos de nosotros quisimos ir el sábado por la mañana al entierro en el cementerio de La Almudena. Para meter las narices, nos dijimos, esa obsesión por estar siempre donde nadie nos llama. Había unos cuantos familiares recién llegados de viaje con prisa por marcharse, señoras de su estir-

pe vestidas casi como ella, muchos sombreros negros, muchos pañuelos. Y nosotros. Pensé en la escena del barco de la caja de galletas, en lo que es decir adiós. E imaginé que los empleados del sanatorio habrían tenido sin duda que trabajar duro para cerrar aquellos ojos, seguramente inundados de lágrimas como la vez que le hicimos con una lata vieja esa herida en la sien, para borrar esa mirada atónita y dulce que no acierta a creer que es real el hacha que se precipita sobre su pecho. Y algo parecido debía de estar pensando mi hermano, porque justo en el momento en que iban a darle sepultura, se acercó a la caja, acarició la madera y murmuró: "no es nada, señora, no es nada".

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

- Mitigar:** Moderar, aplacar, disminuir o suavizar algo riguroso o áspero.
- Impronta:** Marca o huella que, en el orden moral, deja una cosa en otra.
- Dresde:** Ciudad alemana a orillas del Elba.
- Huraño:** Que huye y se esconde de las gentes.
- Vadear:** Pasar un río u otra corriente de agua profunda por el vado o por cualquier otro sitio donde se pueda hacer pie.
- Deambular:** Andar, caminar sin dirección.
- Esquizofrénico:** Que tiene o presenta rasgos de esquizofrenia o comparables a los de esta enfermedad.
- Enclenque:** Débil, enfermizo.
- Maleza:** Espesura que forma la multitud de arbustos.



Érase una vez, en verano...

«NO ESPERES A QUE TU AMIGO VENGA A DESCUBRIRTE SU NECESIDAD»
JUAN LUIS VIVES

RELATOS DE
VERANO

Esta fábula es una crítica satírica de la sociedad moderna. Está escrita con humor, sarcasmo y un gran toque de inteligencia. Hace referencia al omnipresente poder de la publicidad, al uso perverso de los distintos lenguajes y a su capacidad de manipulación en la sociedad que vivimos... En la actualidad no cuesta nada reconocer en el tal Segismundo un trasunto o imitación exacta de cualquier dirigente de la Unión Europea. ¿A que no?

Segismundo

por Luis Goytisolo

¿Cuál es su problema? Escucha ponderativo y afable, serio, casi autoritario. Hagamos cuatro números. Se cala las gafas, toma un bolígrafo, garabatea en un bloc. Treinta y seis dividido por veinticuatro, uno coma tres. Es el que yo tengo en mi casa; créame, ha hecho usted una buena inversión. Una mirada magnética, una sonrisa amplia y breve, un apretón de manos firme, seguro, enérgico, a fin de que el cliente salga con la sensación de haber estado tratando con un doctor en ciencias exactas que es al mismo tiempo teniente paracaidista.

El comienzo de una película. O la retransmisión en directo del estreno. O quizás soñé que asistía a la proyección de algunas escenas sobre el rodaje de una película. Lo recuerdo, falta poco tiempo. La historia de un joven que se propuso triunfar en la vida: Cómo se forja un comprador, Cómo ganar las elecciones... El principio fue duro y tuvo que hacer todo tipo de sacrificios; los padres de ella se oponían. Pero al final alcanzó la fama y entonces volvió y ella le había esperado.

Con ustedes, queridos radioyentes, los micrófonos de Radio Interestelar destacados a bordo del avión personal del señor Sigmund con objeto de ofrecerles las últimas informaciones relativas a la campaña electoral que el señor Sigmund -el presidente Sigmund, como ya empiezan a llamarle con moral de victoria sus seguidores-, campeón virtual, por decirlo en términos deportivos, de la confrontación del domingo próximo, según pronóstico unánime de los institutos de opinión pública y demás encuestas, sondeos y coeficientes estadísticos consultados, vaticinio que al parecer viene confirmado por el examen de los más diversos indicios, biopsias efectuadas, comportamiento de los niños afásicos sometidos a observación, reacción positiva del ochenta y ocho coma nueve por ciento de los ratones inoculados y del setenta y dos coma uno de los periquitos, etcétera, etcétera, panorama sobradamente elocuente para evidenciar por sí mismo hasta qué punto hay algo de galvánico en la personalidad de nuestro hombre, un hombre de musculosa masa encefálica, colosal visión e impresionante pegada, un hombre a quien su ahínco innato unido a sus excepcionales dotes de vendedor han de catapultarle con fulgurante vertiginosidad meteórica hasta las más altas esferas de representatividad social, no en vano ya el gran Catón nos dijo que el padre de familia -y por añadidura el dirigente, decimos nosotros- ha de tener espíritu de vendedor, no de comprador, no en vano, queridos radioyentes, puesto



FERNANDO VICENTE

que el señor Sigmund, un hombre cuya buena estrella está a todas luces predestinada a brillar con honores de primera magnitud en ese espacio exterior que con tan inmensa telexpectación estamos conquistando, un hombre como usted que está con usted, con el hombre de la calle,

con el hombre normal, es decir, con el hombre que se atiene a las normas establecidas, y que por eso, porque también usted está con él, su victoria, la de él, la de usted, su victoria, unánime o simplemente arrolladora, es ya matemáticamente segura.

Señores telespectadores, en espera de conectar con el Estadio Olímpico de nuestra ciudad, donde, como ustedes saben, dentro de unos instantes dará comienzo el gran mitin convocado por el comité local del MSM (Movimiento Sigmundista Mundial), vamos a dar lectura, por su trascendental importancia, a un resumen informativo del discurso pronunciado ayer tarde por Sigmundus en los locales de la

“ El principio fue duro y tuvo que hacer todo tipo de sacrificios; los padres de ella se oponían. Pero al final alcanzó la fama ”

Cámara Oficial de Clientes y Compradores. Ahora que la era de los líderes irremplazables y providenciales -comenzó diciendo Sicmundus-, generalmente salvadores de la patria, ha pasado a la Historia y que a la Historia es encomendada la tarea de agradecerles los servicios prestados; ahora que las juntas de coroneles van quedando, a falta de iniciativas más prácticas, como solución de recambio reservada a las áreas del subdesarrollo, ha llegado nuestra hora: la del milagro. Constantemente interrumpido por apoteósicas aclamaciones, dijo también Sicmundus: reconozcamos noblemente que las ansias de libertad económica en una sociedad socialista tienen el mismo arraigo que las de libertad política en una sociedad capitalista. Pero vayamos más lejos. ¿Hay que dar margen al estímulo económico? ¿Hay que darle carta blanca? Porque, señores, eso es lo único que nos interesa, lo único que a nosotros nos interesa. Porque ya es hora de dejarse de una vez de fariseísmos y bizantinismos, señores, de grandilocuencias y demagogias, de decir bien claro que para nosotros, para la sociedad entera, el consumo de un producto es su mejor amortización. Porque nosotros hablamos de hoy, señores, no de mañana; de un hoy que ha de ser como mañana. En este punto de la alocución, el público que llenaba el graderío, en el paroxismo del entusiasmo, rompió en masa el doble cordón de policía e invadió el centro del campo, configurando espontáneamente con sus cuerpos las palabras VIVA SICMUNDUS en torno a la tribuna presidencial.

¿Creéis que puede hablarse honestamente de

nosotros, a tu disposición ponemos prensa, radio y televisión, para dar a tus ideas el realce que se merecen, para difundir y proclamar tus eslóganes publicitarios, eslóganes que sin duda podrían ser los nuestros, eslóganes como: "Duerma; nosotros nos encargamos del resto", o mejor: "Vacíe su espíritu de inquietudes y solitaciones; nosotros lo rellenaremos a su mejor conveniencia", o también: "¡Compre, firme, comprométase!", o aun nuestro popularísimo: "¡Sea usted comprador total!", eslóganes realmente tuyos en tanto que nuestros? ¿Y no será precisamente, pregunto asimismo, no será precisamente esa cualidad de medio de comunicación fácil, claro, directo, casi palpable, lo que más inquieta a los detractores de la televisión, esos grupúsculos de eternos descontentos? ¿No temerán, en realidad, la realidad inequívoca de la imagen a la que no pueden ellos oponer más que palabrería, el impacto de la imagen, no temerán el enfrentamiento de la sana imagen con la palabra y sus ambiguas connotaciones, con el pensamiento morboso? ¿No será todo, pregunto todavía, una maniobra de esas minorías recalcitrantes, un complot, una conjura, una insidia de esas fuerzas de disolución, de esos elementos minoritarios, por su propia insensatez marginados? ¿Los mismos que nos calumnian acusándonos de violencia represiva y a quienes, por toda refutación, preguntamos simplemente que cómo puede no ser hombre de paz un hombre de orden? ¿Minorías a las que preguntamos que qué mejor prueba quieren de nuestra buena voluntad que el hecho de su propia supervivencia?

“ ¿Minorías a las que preguntamos que qué mejor prueba quieren de nuestra buena voluntad que el hecho de su propia supervivencia? ”

la televisión, de nuestra televisión, como de algo que embrutece al pueblo? ¿No es la televisión, como todo invento del hombre, una técnica desprovista de signo, una técnica cuya utilización dependerá de la utilización que de ella haga el hombre, que de ella hagamos nosotros? ¿No puede ser acaso la televisión -como para nosotros es- el más imparcial y perfecto instrumento de formación, información y conformación del hombre? ¿No puede además distraernos un rato -como nos distrae al acabar el trabajo, cuando volvemos a casa con ganas de distraernos un rato? ¿Qué tiene de malo que nos guste tal o cual programa, que nos guste mirar un rato la televisión después de la cena? ¿Vamos a permitir que esos grupúsculos de eternos descontentos nos amarguen la vida interponiéndose entre nosotros y nuestros gustos? ¿Es ése todo el caso que hacen del tradicional gusto popular, de la fina sensibilidad del pueblo? ¿Es que, como quien dice, no vamos a poder echarnos tranquilos un pedo en nuestra propia casa? ¿No facilita... (las aclamaciones de la multitud se aúnan de golpe en un rotundo MUNDUS, MUNDUS, MUNDUS, rítmicamente repetido; tras reclamar insistentemente silencio, el orador continúa), no facilita, pregunto, la televisión, no facilita acaso la comunicación social, no nos permite acaso llegar a vosotros en vuestra propia casa, deciros -como ahora os digo- únete a

Focos, flashes, micrófonos, retratos murales, banderas con el emblema del globo terráqueo, blocs de notas, cigarrillos humeantes.

¿Podría usted tipificarnos la figura del minoritario?

-Esperaba la pregunta. Por eso he traído conmigo uno de ellos. Ustedes juzgarán por sí mismos.

Ante las cámaras, un minoritario en la picota.

-¿Crees en la inmortalidad del alma? -No menos que en la del cuerpo.

-¿Ves con esperanza el futuro de la Humanidad?

-No más que el pasado.

-¿Te sientes solidario de tus semejantes?

--Sólo de mis semejantes.

¿Supone lo dicho que confiesas tu incapacidad de acomodar sin reservas tu conducta a nuestros principios y, en consecuencia, de superar particularismos mezquinos y aprensiones personales, de vivir en el seno de nuestra sociedad con la satisfacción del deber cumplido?

-No suponerlo sería mucho suponer.

En vista de la gravedad de las respuestas, los periodistas presentes, constituidos en legítima autoridad competente, acuerdan condenar por unanimidad al minoritario y aplicarse acto seguido a ejecutar directamente la sentencia finiquitando al reo por el procedimiento de

Luis Goytisolo



Goitysolo nació en Barcelona en 1935. Hijo menor de una familia de escritores, es hermano de José Agustín y Juan Goytisolo. Comenzó a escribir a los 11 años y dos novelas a la vez, una, por gusto, sobre cuestiones interplanetarias, y la otra, por dinero. A partir de entonces fue su tío Luis el que le seleccionó las lecturas y le introdujo en la afición a la narrativa norteamericana. Se licenció en Derecho y en 1958 recibió el Premio Biblioteca Breve por su novela *Las afueras*. Más tarde publicó *Las mismas palabras* (1962). En 1963 comenzó una serie compuesta por cuatro volúmenes, *Antagonía*, dedicada a su mujer, que le costó 17 años de trabajo y llegó a desesperar a los editores. Primero fue *Recuento* (1974); el segundo volumen se tituló *Los verdes de mayo hasta el mar* (1976); el tercero fue *La cólera de Aquiles* (1977); y cerró la serie con *Teoría del conocimiento* (1981). En 1994 fue elegido académico de la Española para ocupar la vacante del poeta Luis Rosales. En los últimos años ha publicado, la novela *Placer licuante* (1997), y *Diario de 360°* (2000).

Relatos como éste se pueden encontrar en *Fábulas*, Ed. Alfaguara.

conectar la picota con una corriente de cien mil voltios, procedimiento ejecutivo vulgarmente denominado electro-shock integral.

Señores espectadores, han visto ustedes el episodio titulado Rueda de Prensa, de la serie El vendedor. A continuación, y hasta la hora del cierre, la Quinta Cadena les ofrece los siguientes espacios.

Una cara iracunda, como brotada de un bofetón, los ojos vociferantes, pero por Dios, ¿por qué no te vas a la cama de una vez? No puedes ni imaginarte lo que me llega a crispas verte dormido como un bobo por los sillones. Y encima, por la mañana no hay quien te despierte y cuando los niños se levantan tú estás todavía en el baño y por tu culpa llegan tarde al colegio. ¿Qué esperas? Yo no tengo ni pizca de sueño.

Se vio a sí mismo en la pantalla apagada de la tele, y a ella, por el espejo, alejarse en alboroz, con una toalla liada a la cabeza y el transistor en la mano, la voz del locutor algo enturbiada por un zumbido adormecedor. Y como a la larga siempre sucede, también entonces ganarnos las elecciones, decía el locutor. Así acababa la película.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Ponderativo: Dicho de una persona: Que tiene por hábito ponderar o exagerar mucho las cosas.

Biopsia: Muestra de tejido tomada de un ser vivo, con fines diagnósticos. Resultado del examen de esta muestra.

Afásico: Persona que padece una pérdida o trastorno de la capacidad del habla debida a una lesión en las áreas del lenguaje de la corteza cerebral.

Galvánico: Relativo a la electricidad producida por una reacción química.

Demagogias: Práctica política consistente en ganarse con halagos el favor popular. Degeneración de la democracia, consistente en que los políticos, mediante concesiones y halagos a los sentimientos elementales de los ciudadanos, tratan de conseguir o mantener el poder.

Apoteósico: Que manifiesta gran entusiasmo en algún momento de una celebración o acto colectivo.

Insidia: Palabras o acción que envuelven mala intención.

Refutación: Acción y efecto de refutar: Contradecir, rebatir, impugnar con argumentos o razones lo que otros dicen.



Érase una vez, en verano...

LA PROSPERIDAD HACE AMISTADES, Y LA ADVERSIDAD LAS PRUEBA»

CITAS ILUSTRES

Ilustradas



Texto: José Luis Serna
Dibujo: PPt

La defensa del territorio propio es uno de los motivos de mayores conflictos entre los seres vivos y no sólo entre los humanos. Por lo general las personas tendemos a conquistar una parcela física cuando la pisamos, a convertirla en nuestra posesión y a defenderla. Por mi profesión, he visto durante muchos años que los alumnos de cualquier edad entran en el aula y se sientan, cuando no lo hacen por orden de lista, donde quieren, según su interés por el aprendizaje, su introversión o extroversión y sobre todo en función de la compañía. Siempre se sentarán cerca de las personas con las que se consideran afines y lejos de sus enemigos. También, por lo general, estas afinidades están vinculadas a los géneros, los chicos se sientan cerca de los chicos y las chicas con sus propias compañeras. El hecho de sentarse en un determinado lugar suele indicar que se ha tomado posesión de él para un próximo futuro como si fuera tierra descubierta sobre la que se ha clavado la bandera que representa al nuevo dueño. Por ello, el siguiente día de clase todos suelen ocupar el mismo lugar en el que lo hicieron el día anterior, y si

alguno por cualquier motivo se sienta en otro diferente será recriminado por el ocupante que tuvo ayer, que le dirá, «oye, ese sitio es mío».

En nuestras propias casas también tenemos territorios conquistados, pensemos en el lugar que ocupamos durante la comida familiar. El padre, por lo general, se sienta en el lugar de mayor privilegio, en el más alejado de la cocina y enfrente del televisor. La madre lo hace cerca de la cocina y a la derecha o izquierda del padre. Estos lugares, tanto como los de los hijos, son «los suyos», es decir que se consideran parcelas propias de sus ocupantes. Mucho más aún se considera territorio propio el dormitorio e incluso, si se duerme en una misma cama, uno de los lados es también un territorio que la persona ajena a él no debe invadir sin el consentimiento de su poseedor. El coche es nuestro coche, una casa con ruedas confortable, de reducidas dimensiones y con ventanas a los cuatro puntos cardinales, pero es también nuestro territorio que como tal defendemos de los extranjeros, de los extraños a nosotros, y no permitimos que nos lo invadan, toquen e incluso

miren al interior, porque invaden nuestra intimidad. «¿Qué miras?», decimos al ocupante de otro vehículo que se para en un semáforo a nuestro lado cuando sentimos que su mirada revisa durante unos segundos el interior de nuestra posesión.

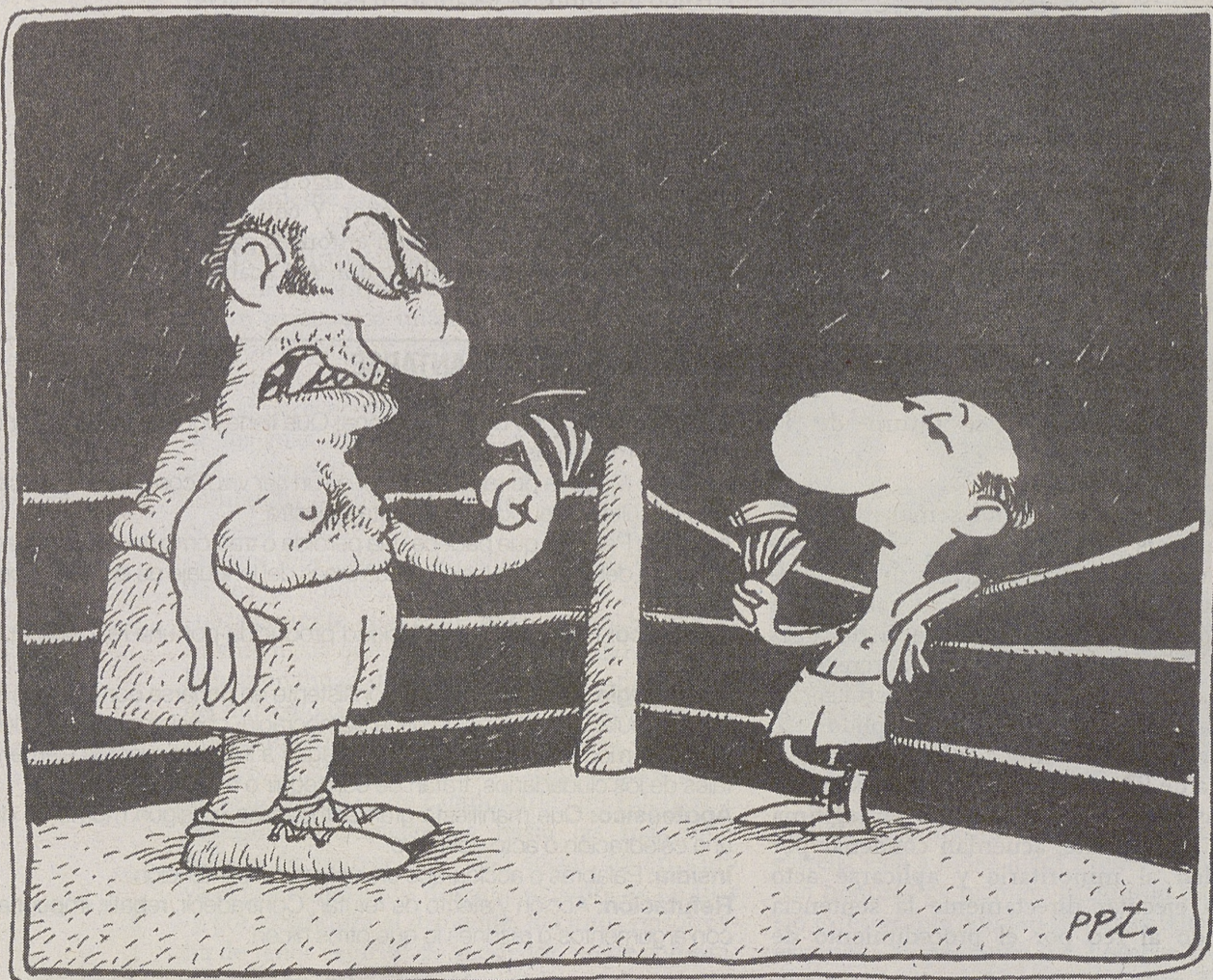
Las posesiones también pueden ser colectivas. Nuestra casa es la pertenencia a un lugar familiar, el barrio está formado por el territorio de unas personas que tienen la característica de vivir cerca de nosotros. La ciudad es nuestra patria chica, el escenario que nos vio nacer o que mira nuestra evolución junto a la de nuestros conciudadanos. La comunidad autónoma es la agrupación de las ciudades y pueblos entendidos como individuos con intereses comunes y diferenciados de los de otras comunidades. La nación es el envoltorio que agrupa a las diferentes comunidades formando así una unidad de características históricas o lingüísticas distintas a las de otras naciones. Y, en tanto que territorio habitado por sus ocupantes es también defendible ante intromisiones de carácter exógeno o endógeno.

Los nacionalistas son aquellas personas que se sienten identificadas con los principios que estructuran la convivencia entre los habitantes de un determinado territorio, que asumen su historia y tienen un plan de futuro independiente del de otras naciones.

Personalmente entiendo los nacionalismos no prepotentes, aquellos que cooperan aportando sus cualidades a la gran sopa mundial para que el sabor general sea más rico y completo, pero no comparto la exaltación de las propias bondades, por lo que tiene de exclusión para el resto de los condimentos, por su capacidad de minusvaloración.

Entiendo mucho más el concepto actual de la ciudadanía del mundo, en la que cualquier habitante de cualquier lugar tiene los mismos derechos que el residente de varias generaciones, aunque comprendo la dificultad para gestionar armoniosa y justamente ese orden colectivo.

El único medio de vencer en las guerras por los nacionalismos es evitarlos, superar el concepto particular de las fronteras, ir más allá del envoltorio de nuestra posesión territorial, del límite que separa lo nuestro de lo de otros, y adquirir la nacionalidad mundial en la que todos tenemos los mismos derechos y obligaciones. Utopía, pero por el hecho de serlo, con la aspiración constante de ser alcanzada.



**EL ÚNICO MEDIO DE VENCER EN UNA GUERRA ES ...
EVITARLA.**